

La alteridad en J. Lacan (Registro imaginario y registro simbólico)

Mercedes Iglesias

*Departamento de Ciencias Humanas. Facultad Experimental
de Ciencias. Universidad del Zulia. Apartado 526.
Maracaibo 4001-A. Venezuela.*

Resumen

El presente trabajo desarrolla la alteridad en el registro imaginario y en el registro simbólico. Durante el período del registro imaginario, la imagen tiene predominio en la conformación de la noción del otro. El otro se presenta de tres maneras: en tanto el otro-yo, imagen especular; el Gran Otro, el verdadero sujeto; y los otros imaginarios, que son nuestros semejantes. Ya finalizado este período introduce el otro del lenguaje que lo llevará a modificar su concepción de la alteridad. Esto sucede al introducir el mundo simbólico. Todo acceso a la subjetividad por vía propia está totalmente negado. Se analizan dos momentos fundamentales por los cuales se accede al ser del sujeto: alienación y separación.

Palabras claves: alteridad, imaginario, simbólico, sujeto.

The otherness in J. Lacan (Imaginary register and symbolic register)

Abstract

The present work develops the otherness in Lacan's imaginary and symbolic registers. During the first period, the image turns out to be the most important element in the notion of otherness. The other is presented

in three ways: the ego-other, the Great Other, and the other imaginaries. Finishing this period, Lacan introduces the other of language, that would lead him to modify all his theory towards otherness. This happens when he introduces the symbolic world. All access to subjectivity by our own means is denied. The article analyzes the two moments by which access to subjectivity can be done: alienation and separation.

Key Words: otherness, subject, imaginary, symbolic.

1. CONSIDERACIONES PREVIAS

El presente trabajo constituye una parte de un proyecto más amplio, denominado. "La alteridad en su estatuto ético-ontológico". En el recorrido del estudio del Otro, se obtiene una noción de sujeto diferente a la establecida por la modernidad; nos encontramos entonces con que la representación que tiene el sujeto de sí mismo, está desde el inicio marcada por el otro. Uno de los autores trabajados es J. Lacan, y en este artículo se desarrollará la alteridad en el registro imaginario y en el registro simbólico.

Jacques Lacan ha sido un autor sumamente controversial no sólo en el mundo filosófico sino también en el mundo psicoanalítico. Introducir a Lacan dentro de la secuencia que hemos estado realizando, supone introducir los postulados del psicoanálisis dentro de la filosofía. Esto significa admitir al menos la existencia del inconsciente dentro de la estructura del sujeto, e igualmente admitir que aquél ya no puede dejarse de lado en cualquier intento serio de construir una noción de sujeto y de su relación con los otros. Si bien esto puede ser plenamente aceptado, no por ello dejan de existir algunas dificultades. Hay dos que nos parecen básicas. La primera consiste en aceptar que el psicoanálisis no es una concepción del mundo, sino una praxis que pretende acceder a determinado saber del sujeto. En tanto praxis analítica, la teoría de Lacan sería, más que un análisis filosófico, una descripción empírica de cómo 'funciona' el psiquismo, de cómo se estructura el sujeto empíricamente. En Lacan toda esta estructura del sujeto se enmarca dentro del Otro, y es por esto que lo consideramos uno de los autores que más ha profundizado en torno a la alteridad,

aunque siempre dentro de una instancia que tiene sentido dentro de la praxis analítica. No obstante, realiza a nuestro juicio, elaboraciones teóricas del Otro que hace que lo insertemos en nuestro trabajo, por cuanto además, clarifican enormemente ciertas interrogantes que habían dejado abiertas los autores que lo preceden: Platón, Husserl, Sartre, Merleau-Ponty y Levinás.

La segunda dificultad reside en determinar los conceptos de ciencia, verdad y saber que son cuestionados por Lacan y que no debemos confundir en su exposición. La concepción neopositivista introdujo un concepto de ciencia -aún hoy no suficientemente cuestionado- que aspira a obtener verdades generales, empíricamente confirmables sobre algún objeto. Si bien el psicoanálisis lacaniano posee un marco teórico claramente definido, el mismo no permite obtener un saber de cada caso particular, sino que más bien otorga el modo en cómo podemos acceder al saber particular de cada sujeto. Este, entra en una praxis analítica suponiendo un saber al analista, quien efectivamente carece de tal saber en lo que respecta a la problemática fundamental del sujeto, puesto que dentro del psicoanálisis es el sujeto quien de algún modo ya posee este saber -saber del inconsciente- que debe ser construido en la praxis analítica. De aquí que el concepto de verdad y ciencia establecido por la concepción neopositivista sea cuestionado para dar lugar a un estadio diferente del saber, en lo que respecta al menos, al saber del hombre.

Otro elemento significativo es que el psicoanálisis tiene una ética como fundamento de su saber. Uno de los postulados lacanianos es "no hay clínica sin ética". En primer lugar, esto significa que se deben determinar los valores que de algún modo están insertos en cualquier analista; se debe explicitar hacia dónde se va en esa praxis, qué es exactamente lo que se propone. La ética analítica aspira a que emerja el verdadero deseo; supone que hay un deseo fundamental en cada sujeto, y que éste es totalmente desconocido. Evidentemente, el acceso a tal deseo no será nada fácil de determinar.

En relación con su concepción de la alteridad, Lacan tiene tres registros bien diferenciados y que también pueden ubicarse en el tiempo. El registro imaginario abarca el período 1953-58, el registro simbólico el período 1958-70 y el registro de lo real, el período 1970-80.

En el registro imaginario nos encontramos en un nivel donde existe un predominio de la imagen: la imagen predomina sobre todos los demás

elementos que caracterizan a un sujeto. Aquí, no sólo entran las fantasías, los sueños, las ensueñaciones, sino también el 'modo' como el sujeto se 'representa' figurativamente al mundo y al otro. Es un mundo que podríamos señalar como totalmente particular de cada sujeto, pero que tiene incidencia en todas las acciones que él realiza. Toda imagen del sujeto es, en realidad, una imagen que no proviene de él sino que la tomó del otro, y será por esto que ya desde el inicio el sujeto es un ser alienado; es un ser que tiene una serie de identificaciones que provienen del otro. Esta alienación fundamental marcará la ambivalencia del hombre hacia todo otro.

Cuando Lacan se interroga en torno a qué causa toda esta serie de identificaciones imaginarias, responde: el mundo simbólico. Todos los elementos culturales conforman el mundo simbólico. Podríamos decir que este registro es más 'objetivo' que el mundo imaginario, mas no es así, puesto que Lacan, al darle predominio al significante sobre el significado, instala que éste no es el que debe ser escuchado, sino aquél, en donde realmente reside la posibilidad de sentido. Lo simbólico tendrá en Lacan dos vertientes: la palabra y el lenguaje. La palabra pacifica, es una función de mediación entre los sujetos, y de aquí que la praxis analítica sea posible. El síntoma -que debe ser entendido como aquello que manifiesta un problema- es entendido como defecto de simbolización, es decir, algo que no puede ser verbalizado, que no pasó a la palabra y que cuando lo hace, cuando logra ser dicho en palabras; se deshace, deja de existir en tanto manifestación fenomenológica. Desde esta vertiente la cura analítica es un proceso intersubjetivo, donde el sujeto es elevado a restablecer la continuidad de su historia, que el síntoma había interrumpido.

"La cura opera porque permite dar significación retroactiva a lo que permaneció opaco para el sujeto en su experiencia" (Miller, 1980:32). Este es el concepto de trauma en Freud: una experiencia inasimilable por parte del sujeto que engendra el síntoma y que la cura por simbolización debe permitir deshacer. La otra vertiente es la del lenguaje, donde se establece -al igual que en el estructuralismo- una diacrítica del lenguaje en el cual cada elemento adquiere significación en referencia a una conjugación de términos. Es aquí cuando se introduce la llamada cadena de significantes, donde cada significante adquiere 'sentido' en referencia a otro significante. Sin embargo, si por la vía de la palabra obtenemos la significación, por la vía del

lenguaje nos encontramos con el sin sentido. Ya veremos esto más adelante.

Se establece igualmente que el mundo simbólico tiene dos postulados: 1) el inconsciente está estructurado como un lenguaje, y 2) el deseo del hombre es el deseo del Otro. El hecho de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje será lo que permitirá que exista la práctica analítica. Si existe un lenguaje, hay posibilidad de acceder a un sentido, que como luego veremos, será más bien un sin-sentido. El hecho de que el deseo del hombre sea el deseo del otro, significa por un lado que el deseo está sostenido por un otro, y como consecuencia, que el sujeto es siempre en referencia a la alteridad. Por otro lado, esto apunta a que hacia donde debemos mirar es al otro, porque sólo así entenderemos aquello que condicionó el deseo en el sujeto.

El registro de lo real supone básicamente aquello que siempre se mantiene ahí, aquello que se encuentra siempre en el mismo lugar. Lacan coloca el ejemplo de los astros, que siempre vuelven al mismo lugar, para dar una imagen de lo real. Insertado dentro de la noción de sujeto, es la dimensión que si bien es lo más íntimo del sujeto es aquello que le es también lo más ajeno, pero que a la vez siempre está ahí presente, al igual que los astros: en permanente retorno.

Por contraposición a los dos registros anteriores que son móviles, lo real no lo será. Lacan también señala a lo real como aquello que se encuentra dentro de lo imposible, por cuanto la experiencia analítica lo roza, pero nunca lo podrá nombrar. Nos encontramos también aquí con cierto 'innombrable' al cual se llega cada vez que debemos pronunciar-nos en referencia al sujeto. Esta dimensión de lo real será clave, y Lacan la caracteriza por el objeto 'a', que supone que toda causa en el hombre se encuentra dentro del sujeto y no fuera de él. Sin embargo, el objeto en cuanto tal no podrá nunca ser nombrado, ni representado, ni conocido; solamente podremos bordearlo, aproximarnos, pero jamás aprehenderlo. El objeto 'a' que pertenece al registro de lo real supone dos elementos esenciales: uno, que aquello que determina al sujeto está dentro de éste y no fuera. Esto significa que no se debe buscar fuera la causa del deseo, la causa está centrada desde el interior; otro, que no accedemos nunca a esta 'esencia' del sujeto en cuanto tal, y que sólo logramos verlo, como diría Merleau-Ponty, por efracción. Sin embargo, si bien lo más inaccesible, es aquello que lo constituye más esencialmente, más fuertemente, sería el núcleo clave de su ser, representado por ciertas frases que logra

obtener la clínica, pero que nunca adquirirán pleno sentido. Hay en este registro un cuestionamiento aún más profundo de la alteridad, mas ésta en este período no está clara por cuanto fue el período menos trabajado por el autor. Tal período no será tratado en este trabajo por cuanto aquéllo que se profundiza en él es una imposibilidad de la relación sexual, es decir, introduce el modo cómo el sujeto, todo sujeto, capta la imposibilidad de la 'comunidad' con el otro; imposibilidad de acceder a la totalidad. Uno de los objetivos fundamentales de la clínica aspira a que el analizante acceda a este saber y rompa de esta manera aquello que más caracteriza a todo neurótico: su deseo de hacer de dos uno solo; su deseo de lograr con el otro una unidad imposible.

Por último esbozaremos brevemente los conceptos de conciencia, yo, ego y sujeto, para que éstos puedan ser comprendidos en el trabajo que sigue a continuación. Lacan hace una división radical entre el yo y el sujeto. El yo no se agota jamás en la conciencia; no hay identificación entre el yo y el sujeto. Frente a la convicción de la transparencia de la conciencia por parte del sujeto, la clínica pone en evidencia las ilusiones de la conciencia.

Primero que nada, el sujeto, el verdadero sujeto, es el sujeto del inconsciente. Desde este postulado, existe lo que se denominará un descentramiento del sujeto que implica el no-centro del yo. El verdadero yo es desconocido. El yo sujeto se aleja cada vez más del yo conciencia, de aquí que el sujeto sea excéntrico, se encuentre en otro lugar. Al igual que Husserl cuando habla de la conciencia trascendental, al hablar del sujeto inconsciente no nos estamos refiriendo en absoluto al individuo concreto con sus características e intereses particulares, inserto en el mundo, el individuo eje, el individuo centro. Para Lacan, cuando nos preguntamos por el sujeto, preguntamos por una historia que desconoce, que será el núcleo de nuestro ser, la función subjetiva se encuentra ubicada aquí.

Este sujeto del inconsciente es el discurso del otro. Tanto el sujeto como el yo-conciencia se relacionan y se constituyen en relación con la alteridad. Ésta, sin embargo, no es siempre la misma, no es unívoca. Lacan insiste en que el sujeto no será la otra cara del yo, el reverso de la moneda, como si colocándolos juntos, obtuviéramos -al fin- la unidad y la transparencia. El sujeto del inconsciente es y no es sujeto; es acéfalo, está más allá del sujeto.

2. LA ALTERIDAD

2.1. La alteridad en el registro imaginario

Dentro de este registro encontraremos cuatro conceptos de alteridad. La alteridad primera es la que proviene del sujeto mismo: todo yo es un otro. Ahora bien, esta alteridad es constitutiva a un yo. Es preciso ver entonces cómo surge esto que denominamos 'yo'. Lacan explica en primer lugar la procedencia genética de la unidad del yo por medio del estadio del espejo. "El cuerpo fragmentado encuentra su unidad en la imagen del otro, que es su propia imagen anticipada: situación dual donde se esboza una relación polar pero no simétrica" (Lacan, 1988:88). El niño se siente totalmente desarticulado en tanto cuerpo, que es su experiencia más originaria. La imagen del espejo le otorga una unidad de sí mismo, en tanto cuerpo organizado y articulado, y de aquí proviene una primera unidad del yo, que está desde su inicio marcado por la alteridad, porque aun siendo él mismo el que se encuentra en la imagen, para el niño esta imagen pertenece a un otro por cuanto no es así como él se 'siente originariamente'. Por lo tanto, la primera alteridad es el propio sujeto, proviene del propio sujeto; pero éste no asimila la imagen como propia, sino como proveniente de otro.

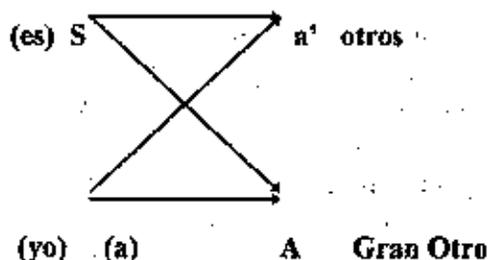
A partir de aquí toda unidad del yo será una unidad sin consistencia, puesto que sólo por otro, por un otro que no es él, es que el sujeto logra unificar no sólo la experiencia externa sino también a él mismo. "... que el ego nunca es solamente el sujeto sino que es, por esencia, relación con el otro, que arranca del otro y obtiene de él su punto de apoyo. Desde este ego son mirados todos los objetos" (Lacan, 1988:266).

Al igual que en Sartre, el yo es construido y existe por otro, sólo que en Lacan el primer otro es uno mismo, en tanto que éste yo no es un sujeto activo, sino por el contrario, el yo es un objeto. La relación que se establece con la imagen propia es una relación narcisista e imaginaria, 'es otro para él mismo'. Esta primera relación fundante marcará la convicción de la transparencia de la conciencia, puesto que ésta logra una transparencia gracias a un otro. En la imagen no estoy yo, y por esto, puedo observar con una distancia tal que permite la unidad del mundo, la 'mía' y la de los otros. Toda referencia imaginaria del ser humano está siempre centrada en la imagen del semejante, esto es, es siempre desde el otro de donde parte la capacidad, la función imaginaria del yo. Ahora

bien, cuando el que observa el mundo no es el ego sino el sujeto, entonces aquí nos encontramos con una incertidumbre total. El sujeto frente al mundo objetivo se desvanece, se fragmenta; toda relación objetiva es de una incertidumbre fundamental. Esto sería -haciendo una comparación con Sartre- la actitud del para-sí que no logra situarse en tanto centrífugo sino por el contrario, en tanto nada y entonces adviene la angustia por cuanto el mundo adquiere más consistencia que la que obtiene el propio sujeto.

Tenemos así un doble movimiento: a) desde el sujeto se desean los objetos y éstos se nos escapan, no podemos unificarlos; en consecuencia, el sujeto es vivido en tanto ser fragmentado, desvanecido, desacorde; b) desde el ego, miramos los objetos y les otorgamos unidad, pero esta unidad que podemos conferirle es posible por cuanto proviene de un otro. Desde la alteridad logramos la unidad y podemos, de esta forma, darle consistencia a los objetos, pero esto es obtenido gracias a la alienación fundamental del sujeto. Es en esta tensión entre sujeto-ego que surge la dialéctica de la conciencia. El ego será un objeto privilegiado dentro del mundo de los objetos. En análisis será el que debe disiparse para que advenga algo que es, o sea, el verdadero sujeto.

Ahora bien, hemos obtenido un primer otro que está establecido desde el sujeto mismo; la segunda alteridad serán los otros, mis semejantes; y la tercera será el Gran Otro. El siguiente gráfico explica ambas



relaciones:

S es el sujeto del inconsciente, quien hasta ahora es el verdadero sujeto; a' son los otros, los semejantes, que son objetos imaginarios, pero que los trato como si fueran reales; a es el yo, también él es un objeto, y A es el Gran Otro. El yo (a) establece una relación imaginaria con a', con los otros; los trata como si fueran reales, pero éstos en realidad, no

tienen consistencia, pues en primer lugar, el yo (a) 'habla' con ellos, pero bajo la forma de sus propias identificaciones. Aquello que constituyó su experiencia originaria con la imagen especular y que quedó grabada en tanto alteridad, esta imagen que fue vivida como un otro, es a quien en realidad le habla el yo; por lo tanto, cada vez que no dirigimos a los otros, nuestros semejantes, no nos dirigimos a ellos, sino a la relación imaginaria que hemos obtenido con nosotros mismos. Este será el motivo por el cual toda comunicación con los otros resulta en realidad, imposible. Ahora bien, el S, o sea, el sujeto del inconsciente, a quien en realidad habla es a un Gran Otro (A). Desde este Gran Otro es de donde de verdad habla el sujeto, pero no lo sabe. A₁, A₂ son los verdaderos sujetos a quienes el sujeto habla, pero el problema radica en que no sabe quien es su Gran Otro en su vida. El único modo de acceder a estos Grandes Otros, será por medio de la praxis analítica. Aquí es donde emerge la palabra verdadera, la palabra plena.

Tenemos así una primera alteridad que proviene del propio sujeto y que instala la alienación primera. Esta marca una pauta a seguir con los otros, los a', pero a estos en realidad, ni les veo, ni accedo a ellos, por cuanto los someto a toda una serie de identificaciones con los cuales ellos no tienen nada que ver. Cada vez que hablo con mis semejantes, en realidad hablo con mis identificaciones originarias o con mi Gran Otro, pero nunca le hablo a ese otro, mi semejante, con quien establezco todas mis relaciones que supongo reales. Este otro, mi semejante, no existe en realidad, quien tendrá verdadera existencia será el Gran Otro, pero a éste lo desconozco; sólo podría acceder a él en la práctica analítica. Lacan sostiene que este Gran Otro es lo que se debería obtener al final de un análisis, el cual estaría dado, en consecuencia, por el saber a quién nos hemos dirigido toda la vida sin saberlo. Tanto de los otros, mis semejantes, como del Gran Otro, estamos siempre separados por el muro del lenguaje. "Dicho en otros términos, el lenguaje sirve tanto para fundarnos en el otro como para impedirnos radicalmente comprenderlo. Y de esto, precisamente, se trata en la experiencia analítica. Apunto siempre a los verdaderos sujetos, y tengo que contentarme con sombras. El sujeto está separado de los Otros, los verdaderos, por el muro del lenguaje". (Lacan, 1988:367).

El lenguaje será una categoría clave en tanto fundador de toda subjetividad, pero también, él es el que impide toda relación verdadera con los otros, por cuanto ésta estará mediatizada por el lenguaje; no podrá

existir una relación plena con ningún otro. En este período, Lacan caracterizará una cuarta alteridad que será el lenguaje, pero en tanto alteridad anónima. "El fondo de todo drama humano...radica en que hay vínculos, nudos, pactos establecidos. Los seres humanos ya están ligados entre sí por compromisos que han determinado su lugar, su nombre, su esencia"(Lacan, 1988:295). Ya aquí Lacan comienza a esbozar lo que luego será su desarrollo de la alteridad desde el mundo simbólico. Si el lenguaje es quien funda al sujeto, el lenguaje es en realidad ese Gran Otro: cuando un sujeto accede al mundo está ya determinado por una gama infinita de variables que lo determinan desde su nacimiento. Nace en una cultura específica, pero además, nace en una familia que le otorga un lugar específico; sus padres, sus abuelos, tíos, etc., otorgan a ese niño toda una gama de identificaciones, pero también todo un orden de desco que ellos mismos ignoran. Y en esto consistirá el drama humano: en no poder determinar esos vínculos, pactos, expectativas, deseos, odios que existen previo al acceso del sujeto al ser y que, sin embargo, lo condicionarán el resto de su vida. "...que el inconsciente es el discurso del otro. Este discurso del otro no es el discurso del otro abstracto, del otro en la diada, de mí correspondiente, ni siquiera simplemente de mí esclavo: es el discurso del circuito en el cual estoy integrado. Soy uno de sus eslabones" (Lacan, 1988: 141). Lacan se niega a aceptar en su estudio de la alteridad tanto la propuesta de Husserl (el otro de la diada) como la de Hegel (la dialéctica del amo y el esclavo).

El lenguaje adquiere, de este modo, el carácter de un alter, un otro que nos funda, nos condiciona, pero con el cual no podemos establecer una relación ni simétrica, ni dual, ni simultánea, por cuanto es un anónimo. Es imposible establecer una relación auténtica con un anónimo. El lenguaje en tanto circuito infinito, no tiene categoría de sujeto, el Gran Otro sí lo tendrá, es el verdadero sujeto con quien establecemos todos nuestros reales vínculos. No obstante, pensamos que existe ya desde este período una tensión entre estas dos alteridades: el lenguaje como un Gran Otro fundador y el Gran Otro como un verdadero sujeto. Esta tensión entre dos alteridades fundantes, establecerá la tensión en su concepción de la intersubjetividad, que, en este período, es afirmada en tanto existente.

Si bien la intersubjetividad es afirmada, ésta se encuentra negada a la relación del yo con sus semejantes, puesto que en este estadio se relacionan dos yo-conciencia en la cual ambos son dos objetos, y no

puede darse una relación entre dos objetos. Si introducimos al sujeto, éste es el sujeto del inconsciente, que como Lacan mismo señala, está más allá del sujeto, es y no es sujeto. Dentro de esta concepción, el sujeto del inconsciente es acéfalo. El psicoanálisis pretende desarrollar esta subjetividad.

De lo visto hasta ahora parecería que no hay posibilidad de establecer una relación con los otros, sin embargo, Lacan sostiene: "Dicho esto, es preciso no omitir nuestra suposición básica, la de los analistas: nosotros creemos que hay otros sujetos aparte de nosotros, que hay relaciones auténticamente intersubjetivas... No tendríamos motivo alguno para pensarlo si no fuera por el testimonio de aquello que caracteriza a la intersubjetividad: que el sujeto puede mentirnos. Es la prueba decisiva. No digo que sea el único fundamento de la realidad del otro sujeto, sino que es su prueba. En otros términos, nos dirigimos de hecho a unos A A', que son los verdaderos Otros, verdaderos sujetos" (Lacan, 1988:366-367).

La relación con el otro está dada con el Gran Otro, es decir, con lo que en el gráfico es expresado mediante la letra A. Cabe preguntarse qué tipo de relación intersubjetiva real existe cuando cada vez que el sujeto pronuncia una palabra plena dirigida a ese Gran Otro, no lo alcanza jamás; apunta a ellos cada vez que pronuncia una palabra verdadera, pero a quien en realidad alcanza por 'reflexión', es a los otros semejantes, a los a'.

También del Gran Otro el sujeto está separado por el muro del lenguaje, sin embargo, Lacan considera que la práctica analítica puede permitirnos un acceso a este Gran Otro. "El análisis debe apuntar al paso de una verdadera palabra, que reúna al sujeto con otro sujeto, del otro lado del muro del lenguaje. Es la relación última del sujeto con un Otro verdadero, con el Otro que da la respuesta que no se espera, que define el punto terminal del análisis" (Lacan, 1988: 369). En este período, el final del análisis permitiría llegar a una relación última del sujeto con un Otro, con el Gran Otro. Sólo reconociendo a esos verdaderos Otros, a los cuales les hemos hablado siempre sin saberlo, es que el sujeto podrá reconocerse y reunificar su experiencia. El analista ocupará el lugar de Gran Otro, pero a condición de que sea en tanto espejo vacío, esto es, que juegue ese papel, a los efectos de que el analizante encuentre a su Gran Otro. Nos parece que aún en este período la relación intersubjetiva no es tal, ya que aunque logremos identificarlos en la práctica analítica,

en la vida real jamás hemos mantenido una auténtica relación entre ellos, ya que eran desconocidos para nosotros. Lacan reconoce en este período sus propias contradicciones. Ante una pregunta realizada por Pontalis, en la que éste señala que nunca hay una concepción verdadera del otro, que siempre estamos de correctivos en correctivos, de espejismos en espejismos, Lacan responderá: "Creo, en efecto, que esto es lo que ocurre en el registro de la intersubjetividad donde se sitúa toda nuestra experiencia" (Lacan, 1988:327).

En esta época su concepción está determinada por un predominio del registro imaginario, dando primacía al lugar que tiene la imagen en cuanto tal en la constitución y dinámica subjetiva. Por otro lado, en esta época, así como afirma la intersubjetividad, afirma la palabra plena; cree que es posible acceder por medio de ella a nuestro ser en tanto sujeto, y, esta palabra sería lo que nos permitiría llegar a 'decir el deseo', nos permitiría acceder a nuestro verdadero deseo y nombrarlo.

A nivel del registro imaginario, hemos distinguido el sujeto del inconsciente y el yo-conciencia, nos encontramos con un primer otro que será el otro de la imagen especular propia, pero que es experimentada como una alteridad. Ésta, otorga una unidad al yo-conciencia, que no experimenta originariamente, por cuanto la unidad proviene de una alteridad. Esto señala, al ego-conciencia o yo, como una unidad sin consistencia, la unidad en sí misma es percibida como obtenida desde un otro. Este yo o ego, será desde el inicio, un objeto, no es él, el sujeto activo, sino que es unificado por un otro, el yo es gracias a un otro que lo unifica.

El segundo tipo de alteridad, son los otros, los semejantes, a los cuales en realidad, jamás accedemos por cuanto están distorsionados por mis identificaciones primeras; no es a ellos a quienes en realidad miro y hablo, sino a otra alteridad que es el Gran Otro.

El Gran Otro, a quien Lacan otorga en este período categoría de verdadero sujeto, implica la noción de unos Grandes Otros, que marcaron nuestra vida, y que sería a quienes en realidad nos dirigimos, aún sin saberlo. No sólo a ellos les hablamos, sino que gran parte de nuestra vida está dirigida por ellos. En la experiencia analítica se tratará de identificar a estos Grandes Otros, para así, poder salir de la alienación total en la que nos encontrábamos y acceder a cierta unificación de nuestra experiencia. En este período, ya esboza, que el Gran Otro, es en realidad, el lenguaje.

El Otro en tanto lenguaje comienza a ser desarrollado en el registro simbólico y será un Otro anónimo.

Si bien Lacan sostiene en este período la relación intersubjetiva, ésta no es tan consistente por cuanto, aunque logremos identificarlos en la práctica analítica, en la vida real jamás hemos mantenido una auténtica relación con ellos, ya que eran desconocidos para nosotros. Lacan reconoce en este período sus propias contradicciones ante una pregunta realizada por Pontalis, en la que éste señala que nunca hay una concepción verdadera del otro, que siempre estamos de correctivos en correctivos, de espejismos en espejismos. Lacan responderá: "Creo, en efecto, que éste es lo que ocurre en el registro de la intersubjetividad donde se sitúa toda nuestra experiencia" (Lacan, 1988:327).

En esta época su concepción está determinada por un predominio del registro imaginario, dando primacía al lugar que tiene la imagen en cuanto tal en la constitución y dinámica subjetiva. Por otro lado, en esta época, así como afirma la intersubjetividad, afirma la palabra plena; cree que es posible acceder por medio de ella a nuestro ser en tanto sujeto, y, esta palabra sería lo que nos permitiría llegar a 'decir el deseo', nos permitiría acceder a nuestro verdadero deseo y nombrarlo.

Posteriormente, al introducir el Gran Otro en tanto lenguaje, se establece una alteridad anónima donde se pierde el carácter de sujeto propiamente dicho. En el registro simbólico, el lenguaje es la Gran Alteridad, pero ésta carece de posibilidad subjetiva, pierde identificación en cuanto a sujeto. Esta nueva concepción, producirá otros cambios, en el orden de la praxis analítica y también en su dimensión de la alteridad.

2.2. La alteridad en el registro simbólico.

La pregunta que se hace Lacan en torno a este imaginario es: ¿a partir de dónde se construye este mundo imaginario?, o dicho de otra manera, ¿qué causa este mundo imaginario?. La respuesta será: el mundo simbólico. De algún modo ya había introducido el mundo simbólico al introducir el mundo del lenguaje. A modo de ejemplo sirve el fenómeno del huracán. Este se manifiesta con una serie de características externas bien definidas, y de hecho, es lo que vivimos cuando se nos presenta. Sin embargo, lo que determina esas manifestaciones externas no es lo que vemos y vivimos, sino algunos elementos que no podemos observar, como por ejemplo, la presión atmosférica, la humedad, los vientos en

determinada dirección, etc. Podríamos denominar a éstos, significantes-causas del huracán, pero el ser humano no los reconoce, solamente distingue sus consecuencias. De igual manera, la causalidad real del mundo imaginario está dada por una serie de significantes esenciales, básicos, que deberán ser dilucidados por la clínica y que serán los llamados significantes amos.

Por lo tanto, comienza en este período un predominio de lo simbólico sobre lo imaginario. "Este proceso imaginario que da la imagen especular va a la constitución del yo por el camino de la subjetivación por el significante...y lo que llamamos simbólico domina a lo imaginario..." (Lacan, 1985:789-90). El significante se hace sujeto: esto es introducir toda una concepción del lenguaje en la constitución subjetiva, y tiene como base fundamental el concepto de significante con predominio sobre el significado. "Nuestra definición del significante es: un significante es lo que representa al sujeto para otro significante". (Lacan, 1985:799). Un significante será siempre un representante, representa algo que no está presente, por consiguiente, un sujeto será siempre un representante para otro, ya que él mismo, en tanto sujeto, no estará nunca presente, estará siempre representado. Mas, el modo como el ser humano logra representarse es necesariamente a través de la vía de los significantes. El lenguaje, que es aquello que nos funda en tanto seres humanos, es también aquello que nos impedirá para siempre estar presentes totalmente. Toda presencia subjetiva es siempre mediatizada, nunca dada plenamente. El modo en que lo simbólico se expresa es por medio de una serie de significantes básicos, que identifican esencialmente al sujeto, pero que también éstos están tomados del otro.

Este predominio de lo simbólico no significa negar lo imaginario, sino que establece que éste está elaborado en cada sujeto basándose en una serie de significantes amos esenciales.

"Una vez reconocida en el inconsciente la estructura del lenguaje, ¿qué clase de sujeto podemos concebirle?" (Lacan, 1985:779). La respuesta será que el sujeto es esencialmente un ser deseante y que el deseo del hombre es del deseo del Otro. "...a saber la de que es en cuanto otro como desea (lo cual da el verdadero alcance de la pasión humana)" (Lacan, 1985:794). Si bien el sujeto es un ser de deseo, su deseo no está determinado desde él, sino que cada uno desea lo que otro le ha 'señalado'.

Desde esta perspectiva, la concepción del Otro se torna más compleja. "...partamos de la concepción del Otro como lugar del significante" (Lacan, 1985:793). Desde el momento en que Lacan establece que el Otro es el lenguaje, nos encontramos con que éste es un lugar, un espacio, lleno de significantes anónimos. Este Otro, deja de tener categoría de sujeto, es un otro anónimo; los significantes que toma de este Otro, estará dado por algunos rasgos de las personas significativas de la vida del sujeto, el momento histórico y cultural que lo marcó, por infinidad de variables que serán identificadas en la praxis analítica. De cualquier modo, la estructuración del sujeto en Lacan, marca que es un sujeto esencialmente respuesta a un Otro, y que se conforma en tanto significante, su respuesta al deseo del Otro es el establecimiento de un sujeto cuya caracterización será ser significante, otro significante más, otro eslabón de la cadena. El otro en tanto sujeto deja aquí de existir, lo que tiene 'vigencia' es lo que significa, pero no él en cuanto tal. Esta concepción de Lacan es muy difícil de reconocer y aceptar, por cuanto supone salirnos totalmente del otro en tanto existente. Buscando al sujeto se nos escapa por todos lados como si en realidad estuviese y no estuviese en ninguna parte. "El Otro es el lugar donde se sitúa la cadena del significante que rige todo lo que, del sujeto, podrá hacerse presente, es el campo de ese ser viviente, donde el sujeto tiene que aparecer" (Lacan, 1987:212). Un ser viviente nace y el modo en que accede a ser de algún modo sujeto, le viene del Otro, del otro en tanto situado en una cadena significante. Esto hará que seamos siempre seres divididos; nacemos y el significante nos marca de tal manera, que genera inmediatamente una operación de cierre en nuestro ser; el ser atravesado por el lenguaje instala definitivamente y para siempre, un acceso al mundo, y con esto, un acceso al mundo en tanto ser humano, pero a la vez, esta situación deja de lado -aparta- lo que podría haber sido nuestro verdadero acceso a ser nosotros mismos. "La relación del sujeto con el otro se engendra toda en un proceso de hiancia. Si no fuese por esto, lo tendríamos todo a la mano, las relaciones entre los seres en lo real, ...podrían generarse en términos de relaciones inversamente recíprocas" (Lacan, 1987:214). No existe relación inmediata con el Otro y como tal no existe una relación de reciprocidad. La alteridad es aquí totalmente fundante, al igual que en Sartre, prácticamente ella sola es. Sin embargo, tanto Sartre como Lacan deben admitir un cierto nivel al sujeto, si no, sólo seríamos otros

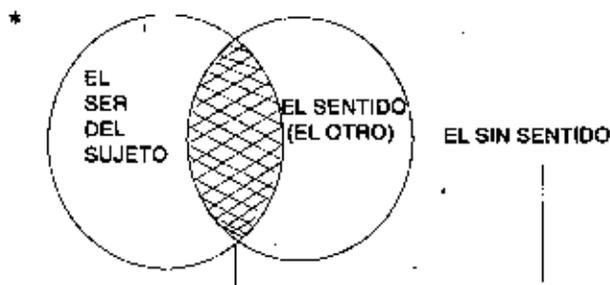
y sólo se puede ser otro en relación con un otro que adquiriera características del uno, o de sujeto.

"Al producirse en el campo del Otro, el significante hace surgir al sujeto de su significación. Pero sólo funciona como significante reduciendo al sujeto en instancia a no ser más que un significante, petrificándolo con el mismo movimiento con que lo llama a funcionar, a hablar como sujeto" (Lacan, 1987:215).

Desde el momento en que el Otro nos nombra, nos da un sentido y una significación que, evidentemente, proviene de él; pero, en la medida en que nos nombra (con todas las implicaciones que tiene la denominación) reduce la subjetividad humana a ser otro significante, y al hacer esto, lo constituye en un ser humano. Esto significa que todo acceso a la subjetividad por vía propia está totalmente negado. El punto mismo de partida es la alienación. Esta no será una situación accidental que pudiera modificarse siquiera imaginariamente; desde que existe el lenguaje éstas son las características de la constitución humana. Las reglas del lenguaje le imponen al hombre un determinado modo de 'poder ser'.

Ahora bien, Lacan intenta describir el modo cómo se engendra un sujeto en su relación primera con la alteridad, y sostiene que existen dos operaciones que se denominan alienación y separación. Para explicar ambas operaciones se vale de un símbolo denominado en lógica disyunción, y es denominado en este texto 'el vel'. La disyunción tiene en lógica simbólica dos posibilidades: si es exclusiva, se debe elegir entre uno de los dos términos, si es inclusiva, ambos términos pueden ser elegidos. Lacan dice que él introducirá la forma de la reunión en lógica, pero que la misma supone también una disyunción. Es decir, introduce una operación lógica, no existente. Incluye en una misma operación el conectivo de la reunión 'y' y el conectivo de la disyunción 'o'. Esto implica que la lógica de la génesis del sujeto es una lógica del inconsciente que es diferente de la lógica simbólica. Lo que sería imposible o contradictorio según la lógica, es justamente lo que acontece en la formación del ser humano. Esto no querrá decir ausencia de lógica, sino una lógica diferente, es decir, un proceso de conformación racional, inteligible, pero no bajo las categorías de la lógica establecida, se opera con coordenadas diferentes. Esto mismo, es lo que hace Lévi-Stauss al explicar la lógica del mito, al cual suele dársele un carácter irracional, y sin embargo, se le descubre unas funciones lógicas que lo hacen inteligible. "Se trata del vel de la primera operación esencial que funda al

sujeto.... pues se trata nada menos que de esa operación que podemos llamar alienación. El vel de la alienación se define por una elección cuyas propiedades dependen de que en la reunión uno de los elementos entrañe que, sea cual fuere la elección, su consecuencia sea ni lo uno ni lo otro. La elección sólo consiste en saber si uno se propone conservar una de las partes ya que la otra desaparece de todas formas" (Lacan, 1987:218-19). En la formación del sujeto tenemos dos conjuntos en intersección*. Un conjunto será el ser del sujeto, mientras que el otro sería el sentido dado por el Otro. La intersección será el sin-sentido, y en esto consiste la alienación. Del lado del ser, sin el sentido tengo un conjunto vacío, puesto que no puedo ser solo, no puedo ser un conjunto vacío. Si escojo el sentido, éste viene del Otro, y por consecuencia pierdo el ser. En la intersección de ambos se encuentra el sin-sentido. "Si escogemos el ser, el sujeto desaparece, se nos escapa, cae en el sin-sentido; si escogemos el sentido éste sólo subsiste cercenado de esa porción de sin-sentido que, hablando estrictamente, constituye en la realización del sujeto, el inconsciente" (Lacan, 1987:219).



Todo sujeto, en tanto ser humano, aspira a obtener un sentido, esto es algo que le permite tener un lugar y un porqué vivir, una dirección hacia la cual insertar su vida. Ahora bien, el sentido nunca es explicitado abiertamente en términos objetivos, pero siempre se encuentra de algún modo presente. En esta operación señalada por Lacan, la elección de sentido implica escoger al Otro, el sentido le llega al ser por vía del Otro, pero esta determinación supone una mutilación, un eclipse del sujeto, el cual es eclipsado por la vía del significante. La imagen inmediata que viene al entender esta operación es que debemos encontrar al verdadero ser del sujeto. El psicoanálisis sería un intento de acceder a tal ser, sólo

que tal ser no existe. Lo que 'existiría' del otro lado en tanto propio y exclusivo del sujeto es, o el conjunto vacío, o el sin-sentido. A este sin-sentido, que es en realidad aquello que caracteriza esencialmente a todo sujeto, Lacan lo denominará inconsciente. Este, entonces, será como dice en otros textos, aquello que 'no fue realizado', que quedó fuera, pero no como si esto constituyera una esencia con sentido, sino, por el contrario: aquello que queda 'fuera', el inconsciente, está caracterizado por el sin-sentido. Por esto será que "El objetivo de la interpretación no es tanto el sentido, sino la reducción de los significantes a su sin-sentido, para así encontrar los determinantes de toda la conducta del sujeto" (Lacan, 1987:219). Lacan coloca otro ejemplo para entender este vel, que si bien es disyunción, es a la vez reunión: cuando en el consabido ejemplo le dicen a alguien: 'la bolsa o la vida', si elige la bolsa pierde ambas, y, si elige la vida rescata a ésta pero sin la bolsa, o sea, le queda una vida cercenada.

Uno de los objetivos de la praxis analítica será ver esta disyunción a la cual es sometido todo ser humano, y así el sin-sentido adquirirá, al menos, una significación, aunque no dejará de existir el sin-sentido.

Toda unidad y sentido provenían de la conciencia, en tanto alienada; cuando se intenta mostrar qué sucede con el sujeto sin la conciencia, éste se desvanece, cae en *fading* (también denominado afanisis). Si se pudiera describir con propiedad el 'ser del inconsciente' éste se caracterizaría por una falta radical que constituye el deseo en cuanto tal. En el deseo no hay unidad ni consistencia, no hay posibilidad de establecer el control de la situación, puesto que el deseo es justamente aquello que desborda al sujeto. Esta primera operación del 'vel', que es denominada alienación, constituye el primer tiempo donde el sujeto se encuentra en la intersección o reunión. La segunda operación se llamará separación. En referencia a esta palabra, Lacan aprovecha el parecido en latín entre 'se parare' y el 'separere' que quiere decir parir, y es lo que en realidad intenta describir esta operación. La segunda operación conjuntamente con la primera, permitirá el acceso a la determinación del sujeto y su relación con el otro.

"Mediante la separación el sujeto encuentra, digamos, el punto débil de la pareja primitiva de la articulación significante en la medida en que es, por esencia, alienante" (Lacan, 1987:226-7). En la primera operación se construyó un par de significantes básicos, esenciales, que serán graficados como S_1 y S_2 , son también los llamados significantes

amos. Estos se construyeron en una especie de 'visión' de la disyunción entre el ser y el sentido y su intersección: el sin-sentido. Lacan dice que esta primera construcción es débil y lo es por cuanto se elaboró mediante la alienación. "En el intervalo entre estos dos significantes se aloja el deseo que se ofrece a la localización del sujeto en la experiencia del discurso del Otro, del primer Otro con que tiene que vérselas digamos, para ilustrarlo, la madre, en este caso" (Lacan, 1987:227). En el discurso del Otro deberá distinguirse entre demanda y deseo. La demanda es la expresión literal 'quiero que comas', 'quiero que hagas esto', etc., éstas, sin embargo, no expresan el verdadero deseo de la madre, pues todo deseo siempre se escabulle. Entonces, en el discurso, entre demanda y demanda, hay algo 'que no encaja' y en ese hueco que se produce entre ambas demandas dentro del discurso del Otro y que manifiesta una falla, el sujeto 'aprehende' el deseo del Otro. Esto significa que todo sujeto que capta el deseo del Otro, lo capta no en términos de positividad, sino de falta, de carencia, de elemento jamás comprendido a cabalidad. Lacan sostiene que todas las preguntas del niño en torno a la causalidad, esto es, los famosos porqués, no serán una avidez de la razón sino una avidez por captar el enigma del deseo del adulto, que, por otra parte, como todo deseo, no puede presentarse sino como enigma.

Ahora bien, frente a esa falta del Otro el sujeto no puede sino responder con su propia falta. La falta la instala desde el inicio el Otro, pero el sujeto como respuesta no puede sino introducir la suya, y al hacerlo, introduce así, su propio deseo. "Una falta cubre la otra. Por tanto, la dialéctica de los objetos del deseo, en la medida en que efectúa la juntura del deseo del sujeto con el deseo del Otro -hace tiempo les dije que era el mismo-, pasa por lo siguiente: no hay respuesta directa. Una falta generada en el tiempo precedente sirve para responder a la falta suscitada por el tiempo siguiente" (Lacan, 1987:222-23). Hay una superposición de las dos faltas, y la dialéctica del deseo que se realiza por ambas partes, desde el niño y desde el otro, establece una juntura, esto es, una relación directa entre el deseo del hombre como el deseo del Otro. Esto es, en la imposibilidad del niño de 'comprender' el deseo de la madre, se instala su propio deseo, su propia falta. Comienza entonces, a desear, a intentar satisfacer un deseo no comprendido, y aquí, es donde se juntan los deseos; un deseo es tapado por el otro deseo (el del niño) y en esa yuxtaposición se explica que el deseo del hombre es el deseo del otro.

El sujeto intenta una búsqueda donde pretende encontrar el deseo del Otro, pero al no encontrarlo "...vuelve, entonces, al punto inicial, el de su falta como tal, el de la falta de su afanisis" (Lacan, 1987:227). Es por esto que Lacan llama a esta segunda operación, denominada separación, la 'no reciprocidad y la torsión de retorno'. El término se deriva del latín *torquere*, que significa dar vueltas a una cosa sobre sí misma, es una torsión de retorno porque no hay respuesta, no encuentra el sujeto la reciprocidad de su búsqueda. El Otro no nombrará su deseo, puesto que no lo sabe, y el sujeto no tiene otra alternativa que establecer su falta, su deseo como intento inútil del deseo del Otro. El último gráfico será entonces una demostración de ambas operaciones, y también podríamos decir que es una misma operación en dos tiempos.

"Por ahora quiero detenerme en lo esencial de la función del deseo. En la medida, en que el sujeto viene a jugar su mano en la separación, el significante binario, (*Vorstellungsrepräsentanz*), queda unterdrückt, caído abajo" (Lacan, 1987:227).

Una vez que se instala el deseo como deseo del Otro, el significante binario queda reprimido, caído. A partir de aquí, comienza la historia de un sujeto que desarrolla toda una serie de desplazamientos de significantes, que son los que le impiden reconocer su propio sin-sentido de la vida. La praxis analítica deberá recorrer el camino inverso: partirá de los significantes más conocidos por el sujeto para llegar luego a esos dos significantes claves que permitirán explicarle qué significantes han regido toda su vida y, como es lógico, que éstos provienen del Otro.

3. CONSIDERACIONES FINALES

Lacan logra explicitar empíricamente (a través del psicoanálisis) lo que otros filósofos explicitaron a nivel teórico. El estudio de la alteridad es, en definitiva, el estudio del sujeto, en la medida que se intenta profundizar en uno o en otro de los polos, los estudios demuestran que se remiten, pero este remitirse no es una relación simétrica, sino una relación de desigualdad. Cuando ciertos filósofos como Kant, Husserl, inclusive Hegel, intentan un estudio del sujeto por las vías del conocimiento, deben admitir que en determinado momento, no se puede decir nada más. Cuando autores, como Sartre, Merleau-Ponty, Lacan y otros, intentan por medio de la vía ontológica, del ser, el estudio del otro, construyen una teoría del sujeto, donde se ha logrado, finalmente,

explicitar aquello del sujeto que no lograba obtenerse por medio de la vía epistemológica. Esto se debe a que la unidad del sujeto moderno, unidad lograda por medio del predominio del sujeto lógico y racional, se rompe cuando se intenta explicar el sujeto en su ser, es decir, cuando se intenta explicar el sujeto en todas sus dimensiones y no solamente su capacidad cognoscitiva. Al intentar esta explicación, que abarque al sujeto en sí mismo, autores como Lacan logran explicitar que éste es un ser fragmentado, que no existe unidad en el sujeto, sino por el contrario, un sujeto dividido, fragmentado. Esta fragmentación viene dada por el predominio que tiene la alteridad (no importa cuál sea el nombre específico que encarne) en la constitución del sujeto. Ya desde aquí, el sujeto se muestra impregnado de diferencia, y no como insistía la modernidad, de identidad.

Todo el discurso de Lacan es un discurso muy poco esperanzador. Si hubiera un fundamento ontológico, sería la alteridad como punto de partida, y sin embargo, no se puede hablar sólo del otro, puesto que cada otro es también sujeto que se constituye en otro. ¿Cómo dar sentido a esta paradoja?. Nos parece que al hacer del ser humano un lugar en tanto significativo, establece una sensación de anonimato, donde no tenemos ni lo uno ni lo otro, ni el sujeto ni el otro, sino una cadena de significantes, y los seres humanos creyendonos dueños de nosotros mismos, ocupamos esos lugares, y solamente eso.

Bibliografía

- LACAN, J. 1995. "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". *Escritos*. Tomo II. Siglo XXI, México.
- LACAN, J. 1987. *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Barral Editores, Buenos Aires (Argentina).
- LACAN, J. 1988. *El yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Paidós, Buenos Aires (Argentina).
- LOLLETT, O. 1994. "De la Pregunta por el Síntoma a la Pregunta por el Ser". *Entredichos* 9-10.
- MILLER, J. A. 1980. "Acerca de lo real". *Analítica* 3-4.
- PORTILLO, R. 1995. "El Psicoanálisis y la Teoría del Conocimiento". *Analítica* 14.
- SOLER, C. 1995. "El Objeto Ficticio". *Entredichos*. Número Especial.